

Historia Pública





Constelación
de los Comunes

Fecha de la entrevista
14 de octubre 2021

Lugar
La Corrala, Madrid

Nombre del colectivo
Asociación Historia Pública

Nombres de la personas entrevistadas
Miguel Martínez, Jesús Izquierdo, Esther Pascual y Saúl Martínez Bermejo

Entrevistadora
Palmar Álvarez-Blanco

Página web
historiapublica.es/



¿Quiénes sois, dónde estamos y qué relación tenéis con la Asociación de Historia Pública?

Miguel: Yo soy Miguel Martínez, soy profesor titular de Literatura e Historia Cultural en la Universidad de Chicago. Acabo de aterrizar en Madrid para nuestro primer Festival de Historia Pública, y soy parte también de la Asociación Española de Historia Pública. Ahora estamos en La Corrala.

Jesús: Soy Jesús Izquierdo, profesor titular en la Universidad Autónoma de Madrid, y uno de los promotores de esta asociación cívica, la Asociación Española de Historia Pública. Y también soy uno de los artífices, con otros muchos colegas, de este primer Festival de Historia Pública que celebraremos entre mañana, viernes, y el sábado día 16.

Esther: Me llamo Esther Pascual Echegaray. Yo soy licenciada en Geografía e Historia. Esta es mi formación profesional, y mi área de especialización es la historia medieval. Y como historiadora ahora trabajo en una universidad privada, la Universidad a Distancia de Madrid, y mis intereses van desde cuestiones más teóricas, e historiográficas hasta cuestiones más chiquititas que tienen que ver con mi propia área de especialización, que sería el siglo XV castellano.

Saúl: Yo soy Saúl Martínez Bermejo y soy del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid, y conozco a Esther y a Suso de tiempo atrás, de actividades en las que hemos estado enmarcados, como “Contratiempo”, un programa sobre historia y memoria que tuvimos, y ahora todos formamos parte de esta nueva asociación. En algún modo estamos en esa línea del interés de qué ocurre con la historia más allá de la academia, cómo comunicarla, qué otros productores de historia están ahí fuera, cómo nos relacionamos con ellos, etc. Yo creo que de esas inquietudes nacen proyectos como el antiguo “Contratiempo” y la nueva Asociación de Historia Pública.

¿Qué tipo de comunidad es Historia Pública?

Jesús: Para mí es una comunidad de prácticas que tiene como lógica el incremento y acentuación del civismo y la discusión sobre conceptos, memorias y pasados. Ahora que estamos tan acostumbrados a escuchar sobre el pretérito –porque todo el mundo discute sobre el pretérito–, parece que ya no es de recibo que el pretérito sea una cuestión de la que hablen simplemente los académicos. Debería ser una práctica más pública, porque yo creo que ahondando en el pasado podemos ser más cívicos, no porque el pasado nos haga cívicos en sí, sino porque nos habla de una experiencia de discusión democrática sobre esos pretéritos. Es un punto donde creo que podemos avanzar en una sociedad que, yo diría, es muy poco cívica. Es muy poco cívica porque todos sabemos que hemos tenido una transición como la que tuvimos, donde hay todavía memorias hegemónicas que nos

identifican y nos construyen de una manera muy tozuda, en términos muy poco cívicos.

Miguel: Nuestro papel no es, quizás, el de ser creadores de contenido. Quizás tiene más que ver con crear espacios de encuentro, articular iniciativas que ya existen, dar visibilidad a proyectos de historia pública, que no la llamamos así porque, como comentaba Suso, no hay una tradición institucionalizada, disciplinar, de historia pública. El concepto de hecho es difícil de explicar porque nunca ha circulado en España, pero hay muchas iniciativas que existen, que encajan perfectamente en lo que nosotros llamamos historia pública.

¿Quiénes participan de esta Asociación?

Miguel: Ahora mismo somos una asociación y nos estamos constituyendo y tratando de crecer como tal. Hay además un proyecto de investigación asociado, que dirige Suso. En la asociación hay un poco de todo; hay profesionales de la enseñanza, profesores universitarios, muchos profesores de enseñanza secundaria, archiveros, hay gente que tiene que ver con el mundo de los museos, aficionados a la historia, estudiantes de historia, etc. Queremos ser lo más abiertos como sea posible y dar cabida a todos los profesionales que tienen que ver con algún aspecto del pasado, o producción de relatos sobre el pasado; también queremos agrupar a cineastas, escritores de novela histórica, autores de cómic, etcétera. Y quiere ser un espacio de encuentro para una discusión amplia y democrática sobre el pasado. Estamos integrados también en una asociación internacional de historia pública. Estamos federados.

Jesús: Sí, en la *International Federation for Public History*, una Federación que aglutina diversas asociaciones nacionales sobre este asunto. Yo creo que esto ya no se puede cerrar. Me da la impresión de que el origen de esta historia pública, que trata de ir más allá del público académico, intenta incorporar sujetos, grupos, que desde lugares muy distintos discuten, dialogan o representan el pretérito. Esto, que se abrió probablemente en países que tenían una tradición académica menos densa que la nuestra, hablo de Estados Unidos, hablo de Australia, hablo incluso, ya en Europa, de Francia o de Italia.

Hablo de estos países que tuvieron la posibilidad y la capacidad de discutir, discurrir y considerar en multitud de formatos, porque tienen muchas revistas, libros que no son estrictamente académicos, donde se plasma y se proyecta y se discute sobre ese pasado. Aquí, lamentablemente, es un recorrido que no está hecho, como otras muchas cosas. Lo que está claro es que, si discutimos sobre el presente y el futuro, deberíamos también aprender a discutir sobre el pasado. Y no paramos de discutir, estamos todo el día discutiendo. Lo que pasa es que los historiadores profesionales no asisten, no quiero decir que tutelen, quiero decir que asistan, porque tienen a lo mejor recursos intelectuales distintos, que pueden aplicarse a la sociedad civil, donde hay debates que se están teniendo y están siendo muy cañeros, y a veces son tremendamente peligrosos. Si no intervenimos los historiadores profesionales, en diálogo con agentes de la sociedad civil, al final esos debates se los comen probablemente los de siempre.

¿Cómo se puede asociar una persona o entidad a esta iniciativa?

Miguel: La forma en la que hemos ido animando a la gente a que se asociara es mediante la firma del manifiesto. A través de la página web la gente se adhiere y se inscribe, pero todavía ni siquiera hemos tenido una

asamblea constituyente. Es que nos agarráis en un momento muy inicial, pero muy bonito también. Yo creo que, de hecho, el acto constitutivo de la iniciativa, de alguna manera, es este festival que comienza mañana.

¿Qué experiencias inspiran la creación de la Asociación de Historia Pública?

Jesús: Puedo hablar por mí mismo, por una experiencia que ya alcanzó los diez años, que fue una experiencia en la radio, en Radio Círculo de Bellas Artes y que montamos en 2009. Era un programa de radio que se llamaba “Contratiempo, Memoria, Historia por la Democratización del Conocimiento Histórico”. Ahí estábamos, aunque sin llamarlo de esta forma, lo que nos daba menos contacto con el exterior. Pero al utilizar el concepto de historia pública nos abrimos a otras asociaciones y a otras formulaciones que trabajan sobre lo mismo que ya trabajábamos entonces. Teníamos que romper las barreras que estaban construidas en la academia y que impedían, sobre todo, escuchar al otro. El fundamento de todo esto es escuchar al otro, ver que tiene que decir, porque tiene que decir cosas que nosotros en la academia no escuchamos porque estamos muy ensimismados. La academia, y Miguel estará de acuerdo conmigo, está ensimismada, vive a la defensiva, está cada vez más atacada por discursos que no proceden de ella, y lo que hacemos los académicos es escribir cuatro textos para cuatro colegas, de los cuales nos leen dos. Los dos que faltan están haciendo otra cosa más divertida, que probablemente tenga que ver con escribir otros cuatro artículos para que los lean otros cuatro. Es esta formulación de la academia en la que te preguntas ¿el Estado está pagando a unos académicos cuyos discursos o reflexiones se quedan en la estela de nadie? Es un problema, para mí, absolutamente cívico, pero es un tema que llevamos, y llevo arrastrando, por lo menos mi generación –que soy mayor que Miguel- desde hace mucho tiempo, viendo cómo esto se está hundiendo.

Habéis mencionado el programa de radio Contratiempo, ¿qué fue este programa?

Jesús: Es un programa que tiene 10 años e hicimos cuatrocientos y pico, todos los lunes de 8 a 9. Al principio lo hacíamos con técnicos. Luego llegó la crisis de 2012 y perdimos el técnico. Lo grabábamos en casa, a título personal, y luego enviábamos el programa hecho a la radio y lo emitían, pero no teníamos presencia física en las propias instalaciones de la radio. ¿Qué tenía el programa? Tenía lo positivo de incorporar a gente que era especializada y no especializada, en los relatos sobre el pasado. Había mucha gente que hablaba desde la cultura, desde el arte, desde la creatividad, pero siempre en contacto con alguno de los entrevistadores que procedía, como grupo de amigos que éramos, de la historia profesional, pero sin tener la necesidad de cerrarlo a una suerte de tutela del historiador que habla con autoridad. Fuimos lo menos autoritarios que te puedas imaginar. Sin embargo, tuvimos un problema y hay que confesarlo, porque creo que esta experiencia tiene sentido difundirla. A veces uno se especializa mucho en los vocabularios que emplea y se aleja de los públicos. Y ese es un problema que los académicos solemos tener y se va rompiendo en cuanto empiezas a hablar con terceros, y esos terceros además te lo pueden decir, “mira, es que no entiendo lo que me estás contando.”

¿Qué aprendizajes se desprenden de la experiencia de Contratiempo que puedan ser útiles para encaminar los pasos de la Asociación de Historia Pública?

Jesús: Primero hay una cuestión muy pragmática, que es la relación con los lenguajes. Creo que hay que saber salir del espacio en el que la academia te encierra. Escuchar al otro implica también utilizar otros lenguajes, que no tienen por qué ser el lenguaje

sofisticado y alejado que tenemos en la academia. En segundo lugar, el objetivo fundamental que este colectivo Historia Pública tiene, es la relación entre públicos y democracia. Es decir, ¿qué es la democracia para nosotros? ¿La democracia es este protocolo de votar cada cuatro años, o la democracia es dialogar y pensar de otras formas posibles? Porque muchas veces yo me planteo qué es lo que ocurre cuando un estudiante, por ejemplo, entra en mi clase: ese estudiante está incorporando memorias familiares, comunitarias, que no son las del profesor. Entonces, cuando intentas incorporar esas memorias a las que estás impartiendo en la clase, genera una dificultad tremenda, sobre todo cuando estás dando clases que tienen que ver con la interculturalidad. Entonces ¿qué haces? ¿Apartas las memorias que vienen de fuera, y disciplinadamente dices que la memoria que tiene que estar presente ahí es la del profesor y es la academia? Estas cuestiones de la propia práctica como profesor son las que te llevan a reflexionar cómo podemos abordar el pasado incorporando memorias muy distintivas y muy diferentes, que vienen de parcelas [muy diversas]. A veces viene de la posmemoria, a veces del trauma, en un país como este, tan traumatizado.

¿Con qué objetivos habéis pensado esta Asociación?

Jesús: Pues uno de los objetivos del proyecto inicial, que da pie luego a la Asociación y al festival, era hacer una historia popular, una historia con segmentos de memorias donde se incorporara una mirada más plural y más cívica. España tiene un problema, como ya he mencionado antes, muy severo, de civismo, por una herencia muy clara, ya sabemos de quienes. Una de las prácticas que vamos a discutir en el festival va a ser, entre otras cosas, la memoria democrática, que no es exactamente memoria histórica; es otra cosa. Y una de las preocupaciones de la Secretaría del Estado para la Memoria Democrática, cuyo secretario de Estado va a estar mañana, es precisamente la falta de pedagogía democrática en España. Y son muy conscientes de que los Cuerpos de Seguridad del Estado no tienen debates sobre esto, que en los institutos no se discute sobre por qué somos de esta manera, qué es lo que nos impide ser más profundamente democráticos, por qué tenemos una visión tan precaria de lo cívico, por qué somos tan depredadores de los bienes públicos. Es decir, por qué somos como somos. Somos un país que tiene muchas taras, pero como todos. No digo que este país sea más loco que los demás, lo que pasa es que no ahondamos en nuestras taras: ¿Por qué somos tan agresivos ecológicamente, por qué tenemos un Mar Menor, por qué tenemos un Portmán en Murcia? Soy murciano, con lo cual te puedo hablar de estos casos por activa y por pasiva ¿Por qué tenemos una poca predisposición a escuchar al otro, por qué somos tan tribales en ciertos aspectos, por qué somos tan comunitarios en algunos lugares, pero luego nos volvemos tremendamente agresivos, por qué tenemos esa imagen de que el mundo es como tiene que ser, es decir, español, y no de otra forma, por qué incorporamos tan mal al otro, por qué no escuchamos sus voces? ¿Por qué somos así? Somos así como un resultado de muchos factores, y es cierto que hay gente que no es así, indudablemente, pero la cultura hegemónica española funciona por ese derrotero y, en sí mismo, es uno que poco nos ayuda a contribuir a tener una sociedad mejor. Y lo que entiendo por una sociedad mejor no es una sociedad tecnológicamente mejor, subirte al tren que se va a pasar, que me parece una aberración, sino de intentar impedir que cada vez seamos más mónadas unos respecto de los otros. Y solamente se consigue si escuchamos, tanto si debatimos sobre el pasado como sobre el presente y el futuro, pero esta pieza del engranaje tiene que ser recapacitar sobre por qué hemos llegado aquí, qué es lo que podemos hacer con nosotros mismos y cómo podemos crear una sociedad que sea más, cuanto menos, dúctil con el otro.

Recientemente habéis publicado un manifiesto para anunciar el nacimiento de esta Asociación, ¿a qué horizonte apunta la publicación de vuestro manifiesto?

Jesús: Es un manifiesto porque tiene una lógica política. Esto no puede dejar de ser una cuestión de horizonte político, porque yo --y creo que Miguel también-- no solo reivindico que la historia son relatos políticos, porque siempre están situados, siempre marcan un territorio, siempre excluyen al otro, sino porque cuando no hay escucha de una voz, hay que abrirlo con una negociación con la polis. Entonces, el manifiesto, que fue redactado entre todos, fue un manifiesto que tenía ese horizonte, que no podía ser un horizonte académico. Si queréis era un horizonte político en la academia, pero no sólo para la academia. Hemos pugnado porque esto fuera un manifiesto, en esa lógica.

Miguel: Y el manifiesto surge en un momento, como decíamos, de calentamiento del debate público sobre la historia, y de ver cómo había cierta pasividad por parte de la práctica más institucional y más disciplinar de la historia, y de las humanidades en general. Y claro, al principio surgen dudas: "hay que enfrentarse a estos relatos ¿o no?" Parece que no fue buena idea no confrontarlos, pero al mismo tiempo, ahora yo creo que no siempre es productivo confrontar el relato. Tiene mucho más sentido abrir el debate, ofrecer otros relatos, multiplicar las posibilidades de discusión sobre el pasado, que confrontar un relato que ya es hegemónico, sea sobre la Guerra Civil, sobre el imperio o sobre cualquier otro pasado histórico.

El nombre completo de vuestra comunidad es "Historia Pública. Convertir la Historia en una herramienta democrática". A partir de lo escrito, se entiende que si proyectáis convertir la Historia en una herramienta democrática es porque en nuestro momento no lo es. ¿Podéis explicar en qué sentido la Historia incide, o no, en la salud democrática de un país?

Jesús: Eso parte de una idea que yo creo que se pierde de vista. Una cosa es el pasado, es decir, aquello que aconteció, ocurrió. Y otra cosa es la historia, que sería el relato que hacemos de lo acontecido. Sobre el pasado puede haber infinidad de relatos. De hecho, uno de los temas más trabajados en España, y en todo el mundo, es la Guerra Civil Española. Cada vez que se produce un homenaje o un aniversario, se produce en términos de "¿cuántos libros?" [muchos]; pero creo que es el segundo tema después de la Segunda Guerra Mundial más trabajado del mundo. ¿Por qué hay tantos relatos? A veces podemos decir que se abren nuevos archivos, que hay nuevos grupos sociales que reivindican estar incorporados, pero también hay nuevas sensibilidades. Como cuando uno escribe algo hace diez años, que lees ahora y dices, "pero ¿cómo pude yo escribir o ver esta película? ¡Vaya basura que me resulta ahora mismo!" Entonces, el tiempo también nos atraviesa. Eso está bien. La cuestión es cuando el relato se convierte en una lógica impositiva: es decir, el único relato, en la lógica del relato hegemónico, aquél que solamente se cuenta desde un lugar para un público y que genera sujetos que no están contemplados en él, o que no han tenido voz. La historia pública lo que pretende no es solamente incorporar a los que no han tenido voz; se trata de darles voz. Es decir, que alguien que no ha estado en un relato, al que nadie le dio voz, en un momento determinado sea escuchado en el ámbito de lo público, no en el seno de una familia o en el seno de su privacidad.

Esos múltiples relatos son los que hacen que se desestabilice el hegemónico. Aquí tenemos, de hecho, un relato muy hegemónico, que es el relato de la transición. Y sin embargo, mi generación, como la de Miguel y me imagino que la tuya, están generando relatos que están haciendo tambalear ése que arrinconó a los otros.

Es decir, es como si los otros no hubieran existido, como si el movimiento vecinal no hubiera estado, como si los movimientos populares no hubieran acarreado importantes hitos en la transición, que a lo mejor no fueron reconocidos y por lo tanto los hemos excluido. Por lo tanto, la herramienta democrática son esos relatos; entendiendo que la historia es la herramienta, no el pasado, porque el pasado estuvo y ya no, el pasado no habla, desafortunadamente, lo hacemos hablar nosotros. Pero cuanta más multiplicidad de miradas tengamos con respecto a ese pasado, probablemente, más democracia podremos tener.

Miguel: Por poner un ejemplo muy concreto de algunas cosas que estaba diciendo Suso, estamos a 15 de octubre, como todos los años, en plena resaca del día de la fiesta nacional, hace unos días. Aparte de todo el ruido y de la restauración de relatos increíblemente reaccionarios y antidemocráticos, que de repente se han hecho hegemónicos en la esfera pública, a mí la pregunta que me surgía es que las voces que son completamente invisibles en este debate público son las de los más de tres millones de españoles, o de gente que vive en España, de origen latinoamericano ¿qué tipo de memoria traen esas comunidades, migrantes o ya nacidas aquí? ¿Tienen algo que decir en este debate? De qué manera les afectan las barbaridades que se están diciendo, no sólo desde ciertos sectores políticos, sino a veces con apoyo institucional. Entonces, la historia como herramienta democrática para mí lo es en dos sentidos: uno, que tiene que ver con lo que decía Suso, si el pasado nos constituye, está siempre entretelado con el presente y con las luchas del presente (hay muchísima pasión política ahora mismo volcada sobre el pasado), la idea es dar herramientas a la gente para pensar más complejamente el pasado, para aproximarnos de una manera más colectiva y dialogada. El pasado es plural, la discusión sobre el pasado sólo puede ser plural, pero las instituciones públicas, al fin y al cabo, tienen responsabilidad de apoyar más unas versiones u otras, aparte de que exista pluralidad democrática. Y en otro sentido, la historia como herramienta democrática es una historia que preste más atención a una historia de larga duración, con mirada larga, sobre las luchas democráticas de la comunidad política en la que nos queremos incorporar, o no nos queda más remedio que insertarnos. En esos dos sentidos, diría yo que la historia funciona como herramienta democrática.

También en vuestro manifiesto insistís en la necesidad de que la Historia sea “pública”, ¿qué significa esto?

Jesús: No sé si el manifiesto es claro en esto. La idea de hacer una historia pública es hacer una historia que se salga del público cerrado de la universidad; es decir, que hable para otros públicos o construya desde otros públicos. Y con la idea también clara, que yo creo que es fundamental en nuestro proyecto, que es la idea de corresponsabilidad. Desde la corresponsabilidad que debe tener un historiador profesional con un público que construye pasado, construye historia, sin ser profesional. Cuando hablamos de historia pública estamos hablando de este concepto que elaboró Kelley, que fue un historiador de la Universidad de California, que hablaba de que la historia pública es aquello que trasciende el público académico, que va más allá, con los problemas que el público académico genera, que son los de que hablé antes, el cierre en sí mismo, el ensimismamiento, el alejamiento. Entendemos que toda esa idea de incorporar públicos distintos trasciende la lógica de una cierta apropiación por parte del público académico frente a los relatos que son autorizados. Porque, claro que hay una multitud de relatos, pero los relatos no autorizados por la academia quedan fuera; están muy presentes, pero la academia no los reconoce. Os voy a contar una anécdota que puede ilustrar esto, de cuando salió el libro de Pío

Moa, "Los mitos de la Guerra Civil", que era un relato que recuperaba un lenguaje muy de los años 30, muy agresivo, muy basado en ese mito de que la guerra empezó en el año 34, por parte de la supuesta revolución socialista. Me acuerdo que cuando ese fenómeno estaba emergiendo, se vendían libros de Pío Moa en El Corte Inglés a patadas, pero sin embargo la academia no quería entrar en el debate porque alegaba lo siguiente: "yo no discuto con una persona que no es historiador." Entonces tú podías contra argumentar, "estás permitiendo que esto se engrose paulatinamente, sin entrar en un debate, porque el otro no es un profesional de la historia." ¡Si está generando opinión pública! más allá de lo que tú podrías hacer, porque te has constreñido en tu público cerrado. Esto trae problemas. Lo que estamos viendo en estos últimos años es una entrada muy, muy sistemática de discusiones y de interpretaciones del pasado que son tremendamente agresivas con el otro, colonialistas. Por ejemplo, con la idea de hispanidad que vuelve a emerger, o la idea de Reconquista. Estamos viendo de nuevo la idea del mito grecolatino y cristiano de la sociedad española, pero nunca judío, cuando no podemos perder la segunda parte de lo que somos. Es siempre una agresión hacia el otro, de homogeneización, exclusión y hegemonía. ¿Podemos seguir viviendo en una sociedad democrática así?

Todo lo que estáis defendiendo desde vuestro Manifiesto está en el centro de iniciativas asociadas al campo de los Estudios Culturales críticos. ¿Podéis explicar vuestra relación con este marco?

Miguel: A mí me resulta muy fácil, porque de hecho vengo un poco de ahí. Yo llego a la historia desde los estudios culturales, la literatura, la historia cultural, y trabajo en Estados Unidos, de manera que es un paradigma que me resulta familiar. De hecho, a mí --y yo creo que con esto también estarán de acuerdo-- concebimos la historia pública abiertamente como humanidades públicas, tal vez, o una práctica académica también volcada hacia fuera. Es una buena defensa contra esos relatos tan reaccionarios. Pero no son reacciones tan fuera de cualquier contacto con un discurso mínimamente autorizado sobre la historia, con lo que los historiadores dicen, por decirlo rápido, o piensan dentro de sus debates y sus desacuerdos. Es justamente lo contrario: abrir el debate, incluir a más gente, pero no sólo en la discusión: también en la producción de archivos, en escuchar las preguntas, atender a las memoria e historias que se están produciendo ya a nivel local en las asociaciones de historia local, asociaciones de patrimonio, por supuesto, asociaciones de memoria. Y podemos hablar, si queréis, luego más de algunas experiencias concretas, pero me parece que justo la defensa es la contraria y es muy difícil porque los medios de comunicación lo que quieren normalmente es oír la palabra del experto que desmiente las cosas que dice Aznar o Pablo Casado, o quién sea. Y entiendo perfectamente lo que pasa, pero seguramente la defensa no vaya por ahí.

En el contexto que estáis describiendo, ¿qué papel juega el rigor histórico o la idea de un relato definitivo?

Jesús: Te voy a contar una anécdota que tengo del último Congreso de Historia Contemporánea que fue en Córdoba. Tuvimos una sesión que era sobre el futuro de los historiadores, y quedó muy grabada la idea del rigor histórico, del método histórico. Pero claro, el problema que tiene es que no solamente lo utilizan los historiadores profesionales, también hay gente desde el asociacionismo memorialístico que lo emplea con todo el rigor. Yo como historiador profesional, y Miguel desde otro lugar pero desde una fórmula muy semejante, podríamos tener en consideración la idea de mostrar a un ciudadano que es eso del rigor, en el sentido de cómo utilizar un

buen método, de cómo ser riguroso con la fuente y con el contexto en el que se produce la fuente, o con el contexto en que se produce la interpretación, pensar que las interpretaciones son dúctiles, que cambian como cambia la memoria, que los intérpretes no son estables para siempre y por siempre, sino que tenemos esa temporalización que nos sobrevuela constantemente. Y plantearlo de esa manera significa decir: por un lado ten rigor en el método, pero también ten rigor en la filosofía en la que estás, que es una filosofía del tiempo. Y la filosofía del tiempo te lleva a ser otra persona, y por lo tanto a tener una interpretación del mismo acontecimiento que ha cambiado respecto del acontecimiento mismo, porque ha acontecido en tu interpretación que ha variado. También hay que contar eso porque, claro, si llegamos y vamos a dar la versión definitiva del acontecimiento, que es una obsesión muy española, y luego nos leemos... que a mí me pasa esto muy habitualmente, que yo me leo y digo ¿quién demonios eras tú? Y era yo. Lo que pasa es que era yo contando una cosa muy distinta, acorde a quién era yo en ese momento.

Entonces, por un lado el rigor, indudablemente sí, pero también la otra parte, que es: los relatos cambian por parte de una única persona, pero también porque también cambian los grupos. Por lo tanto, siempre vamos a tener pluralismo. El problema del pluralismo no es que lo haya; el problema del pluralismo es que siempre habrá alguien que querrá hegemonizar el relato, y generalmente quien hegemoniza el relato es el poderoso, y deja sin dignidad a los que no han tenido la capacidad de contarlos. Y cuando los queremos contar, es decir, cuando incorporamos a esos sujetos que no estuvieron, generalmente el historiador dice “lo voy a contar yo.”. Esto le pasó mucho al feminismo. Cuando el feminismo empieza a incorporar a esos sujetos que no habían estado en el pasado ni en la historia, de repente hay historiadoras que dicen “vamos a contarlos nosotras,” pero hay otras mujeres que dicen “lo quiero contar yo, quiero contarlos yo con mis colegas.” Entonces, ¿qué pasa con esto? Que siempre tendemos, de alguna manera como profesionales, a intentar expropiar a la sociedad civil de los relatos que produce.

Te voy a contar otra anécdota. En 2012 me fui a una manifestación de las que nos acontecieron, y de las cuales ya hay tan poca memoria, y me acuerdo que me topé con un grupo como de doce mujeres que llevaban una camiseta que decía, con el logo de YouTube: “YoTuve derechos sociales y derechos políticos.” Y yo les pregunté, “mira, soy historiador que trabaja en la radio, y me gustaría saber de dónde procede esta camiseta, cómo habéis llegado a ella?” Y me dijeron, “las hemos comprado, pero a la vez las hemos arreglado nosotras.” Pero me dijo una de ellas “mira, te lo vamos a contar todo. Quien no lo va a contar eres tú.” Y me señalaron, “lo vamos a contar nosotras.” Y yo me fui y dije “vale”, así, con la cabeza baja y diciendo, “bueno pues, cierto, yo no puedo hegemonizar el relato que me quieres narrar.”

En la Constelación de los Comunes hay varias comunidades de prácticas que hacen referencia, directa o indirectamente, a la necesidad de una revisión histórica de la Historia para incluir borraduras y ausencias y para pensar, en términos históricos, algunos problemas del mundo capitalista. ¿qué lugar ocupa el principio de autoridad en la producción de un relato histórico?

Jesús: El concepto de autoridad remite al autor, es decir, a quien se le reconoce la autoría de un discurso, que no es lo mismo que autoritarismo, que es la máxima confusión que hay en esto. Cuando hablamos de autoridad hablamos de que, colectivamente, se reconoce a alguien que es autor del discurso, de la interpretación sobre el pretérito que se llama historia. Entonces esa autoridad

puede estar difuminada. Por eso yo hablaba del concepto de corresponsabilidad. ¿Quiere decir esto que el historiador profesional pierde el rol? No, el rol no es de tutela. El rol es de orquestación, que orqueste una serie de debates o que meta caña en un debate o en otro, pero advirtiendo de lo que es el rigor, y de la cuestión de que hay siempre pluralismo, y ahí nos acechan varios peligros.

Y en la historia pública nos acechan dos peligros de los cuales mañana hablará Saúl. Uno de los peligros es que cuando abrimos los debates públicos a todos, en ese todos puede incorporarse de todo, y eso es adonde te estás acercando. Es un peligro que tenemos, pero no podemos rechazarlo. Si yo quiero hacer una historia abierta, tendré que jugar con el juego del que me viene con un discurso que a lo mejor ni yo reconozco. El problema básico es si el que está autorizado, el historiador profesional, es capaz de reconocer que otros discursos pueden tener valor, porque la cuestión aquí es la de siempre: "vale, yo escucho a los demás, pero al final el que tiene la legitimidad soy yo. ¿Por qué? Porque tengo una institución que me la reconoce", aún a sabiendas de que la idea del historiador profesional sobre el pasado suele ser una idea muy hegemónica. Los historiadores profesionales son muy poco dados, no sólo a discutir con públicos amplios, sino a discutir entre ellos. Donde más figura ese lema tan poco histórico como el de "la historia definitiva de" es en los libros de historia profesionales; y se dice "para que la historia no se repita" ¿Cómo que la historia se repite? ¿Dónde se repite? Habrá analogías, o lo que quieras, pero no hay repetición.

Y en segundo lugar se dice: "para que haya una historia definitiva sobre, por ejemplo, sobre todo, la Guerra Civil Española". En definitiva, encuentras un montón de personajes que no sólo no quieren discutir con un público más amplio, sino que tienen una idea de "la lucha por la verdad", que todavía es un prurito que nos queda de esa academia que nació por la lucha de la verdad de la nación. Ahí nacen las academias de la historia en todo el mundo, con la idea de que había que construir una idea de nación que excluyera otras posibilidades alternativas. Y somos herederos de eso. Esto es un acto de constricción. De alguna manera es quitarte toda la carga que te has llevado y toda esa suerte de disciplina –porque no olvidemos que estamos en una disciplina, o yo por lo menos; y una disciplina es un conjunto de protocolos que disciplinan y te dicen si eres un profesional o no. Incluso, si pensamos bien, el método científico que utilizamos los historiadores ni siquiera es nuestro; viene del mundo jurídico. Utilizamos un método de indicios que tiene que ver con el empirismo más jurista. Ni siquiera tenemos algo propio, pese a que Von Ranke quiso elaborar este discurso de la disciplina y de ese pasado que hablaba. Es, de alguna manera, un desquite.

Hoy en día pareciera que se habla indistintamente de “Historia” y de “memoria histórica” de hecho, el programa de radio Contratiempo incluía en su título ambos conceptos. ¿Debemos hacer distinción entre ambos conceptos?

Jesús: Yo sobre este tema siempre he tenido un problema, que tiene que ver con las cosas que he dicho sobre memoria. Me da la impresión de que hay un problema fenomenológico que no está resuelto. Los historiadores ahora se han acogido al concepto de memoria y lo utilizan en cualquier título. Cualquier título de un libro que antes se llamaba de historia ahora es memoria. No porque se incorpore desde un lugar distinto a lo que hacía el historiador antes, sino porque simplemente se incorpora porque está en el mercado. Pero hay un problema fenomenológico que es muy distinto entre una memoria, que creo que es una irrupción del pasado al presente, y una historia que es una convocatoria que hacemos desde el presente al pasado. Indudablemente se retroalimentan, pero fenomenológicamente son

cosas muy diferentes. Luego hay otra distinción también muy clara, que es de índole político. La memoria está descentralizada; emerge en muchos lugares. A veces, como hablábamos antes, hay una post-memoria, de gente que no ha experimentado el suceso que se incorpora a la memoria, pero lo vive como si lo hubiera experimentado a través, básicamente, de la influencia familiar. Entonces, todas estas cuestiones tienen que ver con que la historia es disciplina, y por lo tanto, lo intenta cerrar, mientras la memoria se expande y se abre. Lógicamente esto genera mucha tensión porque la historiografía profesional intenta centralizar, y la memoria vuelve a bombardear. Por otro lado, esa confusión entre ese pasado que irrumpe, que surge, emerge, no se olvida, está ahí incorporado porque no es una cuestión intencional recordar, y ese pasado que convocamos desde el presente, desde un análisis mucho más distanciado, son cosas que se mezclan.

Mi idea actualmente es que el historiador profesional tiene muy poco de filósofo, que es otra de las cuestiones que habría que plantear en una entrevista como esta. Si al historiador le colocas en una librería con un stand de libros filosóficos y otro de libros históricos, iría directamente a los históricos y no se fijaría en absoluto en lo que la filosofía dice. Sin embargo, yo estoy convencido que un filósofo, cuando menos, se acercaría a observar lo que pasa en el stand de los libros de historia. Tenemos historiadores que no entran en cuestiones que tengan que ver con hermenéutica, que es la filosofía del lenguaje, con la teoría del tiempo, las temporalidades, de cómo se construye el sujeto, es decir, cuestiones que apelan a lo que hacemos y lo que decimos. Si no entras en esto, apelar al rigor del método histórico no tiene mucho sentido. Es falta de inquietud por lo que la filosofía ha estado haciendo desde hace 150 años, que es romper radicalmente con la idea de verdad. Y la historia pública tiene mucho que ver con esa idea de verdad que ya no puede estar afincada en una academia, ni siquiera la idea de ética o la idea de estética. ¿En un departamento de arte nos van a decir que es la estética? ¿lo va a hacer un museo de arte, o una galería? Lo dirá Belén Esteban, porque para ella y su comunidad, como ella viste así que hay que vestir. ¿Dónde está la estética? ¿Dónde está la ética? Podemos hablar de estéticas, éticas, verdades, estamos en ese mundo, y habrá ser parte de ese mundo, asumámoslo. Es difícil y podrás decir que es un infierno, pero hagámoslo, y me dirás que estamos en la época de la posverdad, y en parte sí, lo estamos, pero también estamos en la época en la que las verdades se construyen comunitariamente.

Miguel: Por añadir una confusión más a lo que comentaba Suso de historia y memoria es que, además de eso, a mí me parece que muchas veces se confunde, o nos hemos confundido nosotros solos, memoria con políticas públicas del pasado. Llamamos memoria a estas memorias que siempre emergen de abajo, muchas veces comunitariamente, colectivamente, etc., que irrumpen contra determinados relatos históricos. Pero también llamamos memoria a la Ley de Memoria Histórica, o a determinadas decisiones sobre el régimen simbólico de la sociedad contemporánea. Y ahí creo que nuestra asociación y nuestro proyecto también tiene un lugar donde incidir, en las políticas públicas del pasado. El movimiento de la memoria, viniendo desde muy abajo, ha hecho un trabajo históricamente mucho más riguroso, si volvemos a esa discusión, que el de algunos historiadores que habían trabajado sobre ese período. De hecho, hay un saber, unos instrumentos y unas metodologías que nadie mejor que esas asociaciones las conoce, pero ese movimiento presionó y se han logrado una o dos leyes de memoria histórica, con todos los problemas y discusiones que han generado, pero ahí están.

Yo creo que en este momento concreto, es decir, a finales de 2021, tenemos

que seguir presionando para hacer políticas públicas del pasado. Ahora mismo lo más urgente es la cuestión del legado colonial, que es algo que nunca nos hemos mirado, como sí nos hemos mirado un poquito, en los últimos 20 o 25 años, el tema de la Guerra Civil, la represión y las víctimas y demás. En cambio, la discusión sobre el imperio y el legado colonial, que forma parte del régimen simbólico de la España del 78 —recordemos que España es el único país del mundo donde la fiesta nacional tiene que ver con la celebración de un imperio colonial— es el debate más urgente. Y debemos aspirar a que haya políticas, por parte de las instituciones públicas, pero eso tiene que pasar también por la recuperación de memorias que ahora mismo son completamente invisibles.

En la investigación que realizamos desde la Constelación de los Comunes reaparece constantemente la idea de que el trabajo de investigación y educativo realizados en ámbitos no formales suele ser ignorado en los circuitos formales y viceversa. Pensando en que esta mutua sordera parece ser real y aplicándola al marco de la configuración, investigación y docencia de la Historia, ¿pensáis posible que se dé un diálogo entre ambos ámbitos con el fin de cooperar en la creación de una Historia pública verdaderamente democrática?

Miguel: Esto lo hemos hablado a veces en el grupo. Tampoco estoy seguro de que sean compartimentos tan estancos como nos imaginamos los académicos, la academia y el mundo de ahí fuera. Al fin y al cabo, los estudiantes llegan a clase, como decía Suso, con sus experiencias, sus memorias, sus historias familiares, comunitarias, etcétera. Hemos estado hablando, quizás, muy dicotómicamente; y por otro lado, la academia, como decías tú, o la universidad, es un ámbito institucional y es un centro de trabajo donde hay que intervenir, por supuesto.

Yo me imagino varias cosas. Para mí, una cosa que hemos hablado alguna vez y que creo que sería bonito hacer, es dar visibilidad a todos aquellos proyectos que vienen de la sociedad civil y que ya existen. Y pueden ser tan pequeños o tan grandes como queramos. Pensando en cosas que conozco más, como Asturias, ha habido iniciativas muy sencillas y preciosas. Por ejemplo, en el barrio Cimavilla, este verano, se pusieron unas fotografías de los años 60 y los 70, con gente que había sido vecina del barrio, y eran unas fotografías enormes, en un barrio con muchísima tradición e identidad. El tipo de conversaciones que abre el ir caminando por la calle y ver una foto en gran tamaño de vecinos, que ya no son tus vecinos porque no viven, pero a lo mejor tu abuela sí que los conocía, las procesiones, los tipos sociales. La idea era sacar un archivo fotográfico y ponerlo a vivir de nuevo en las calles de Cimavilla.

También en Gijón hay un grupo en el barrio de la Calzada que ha hecho una historia oral de la industria en el barrio. Hay otro proyecto, también asturiano, que se llama Patrimonio Industrial, precioso, donde están haciendo también una historia oral y material de la pos-industrialización de las grandes industrias de Asturias. Viendo esto, me parece que una cosa que la Asociación podría hacer bien, en lugar de intentar saltar a la sociedad civil, es recoger iniciativas que ya existen de la sociedad civil, coordinarlas de alguna manera, darles visibilidad, poner a debatir unas con otras, etc. Eso es algo que quizás idealmente podríamos hacer.

Jesús: Pero fíjate, para eso habría que incorporar y reconocer —eso lo tendría que hacer la academia— la cantidad de dispositivos y de diferentes formas y materia con las que se analiza la historia pública. Yo a veces me pregunto cuántos profesores de mis departamentos reconocen el cómic como un artefacto, o la literatura histórica,

cuyo mínimo reconocimiento es que es una figuración que genera preguntas que un historiador no se está haciendo y le obliga a pensar. Y es que la sociedad civil te está obligando a repensar lo que tú estás haciendo, y sobre el pasado con el que estás trabajando y la interpretación que estás elaborando. Todas estas cuestiones, que son de trasvase, es lo que la historia pública denomina “corresponsabilidad,” que viene de un lado y de otro. Habría que empezar a reconocer que un archivo que genera una familia, una comunidad, no es simplemente un archivo para que lo use el historiador profesional y elabore el relato. No. Es un archivo que está narrado y que la narración obedece a que tú lo reconozcas como tal. Todas estas cuestiones, que son de puro trasvase entre unos y otros, son las que deberíamos fomentar. Y no es fácil.

Miguel: Un ejemplo que me viene, al hilo de lo que dice Suso, es que la mejor historia de la migración española en Estados Unidos se ha hecho mediante la coordinación en Facebook de archivos familiares que la gente voluntariamente incorporó, coordinado por James Fernández. Es sin duda la mejor historia que se ha hecho de la migración española en Estados Unidos, y es un proyecto plenamente colaborativo, completamente desde abajo, que usa la red social para compartir archivos familiares en un espacio que permite contar múltiples historias pero que, al mismo tiempo, colectivamente constituyen un relato que antes era inexistente sobre la migración española en ese país.

¿Qué papel juegan las instituciones públicas a la hora de validar el trabajo de archivo y recuento histórico realizado desde la propia ciudadanía?

Miguel: Por eso es tan importante, al final, implicar o forzar a las instituciones públicas a implicarse, y ahí también vemos una dimensión de la historia pública. Estoy pensando en otro caso, que es el contraejemplo exitoso, que es una asociación de historia local de Cangas de Narcea, en el occidente de Asturias, que se llama “Tous pa Tous” y que lleva muchos años coleccionando archivos locales y periódicos locales. Lo hicieron tan bien que tienen un acuerdo con la Biblioteca Nacional de España, precisamente porque ellos son quienes han hecho el trabajo de catalogación, de archivo, de recuperación de un material textual, gráfico, etcétera, motivados por el amor comunitario, por el amor de la tierra, básicamente. Es una asociación cultural, son aficionados, pero han tenido no sólo la validación, sino el apoyo institucional de la Biblioteca Nacional Española, y ahora ese material ya está mucho más protegido. Entonces, para algo como lo de James Fernández habría que implicar a una institución, no sé muy bien a qué ministerio, qué institución cultural, para que eso permanezca.

Jesús: Esta es una de las razones básicas por las que en el festival de mañana hay representación institucional. Este festival empieza con mucha institucionalidad y acaba con el desbarre del festival en sí. Hay música, vamos a pintar un mural, etc. pero la lógica era traer al secretario de Estado, a la directora de la Universidad, y al director de la Casa de Velázquez, con el objetivo no sólo de que inauguren, queremos que sepan lo que estamos haciendo aquí, que esto llegue a lo más alto, en el sentido de que es una práctica que no puede estar anclada simplemente en cuatro tipos enloquecidos que han decidido que la historia pública es relevante, sino que las instituciones tienen que saber que esto está ocurriendo.

Además del diálogo con las instituciones correspondientes, ¿habéis pensado en crear alguna herramienta de comunicación para dar salida a este tipo de investigaciones y colaboraciones?

Jesús: Hay un proyecto que vamos a desarrollar que se llama “Historias Públicas”. Es un sello editorial de la Asociación que tratará de trabajar conjuntamente con el Servicio de Publicaciones de la Autónoma. Lo que tenemos pensado son libros cuyo enfoque realmente sea de historia pública, por ejemplo el libro de Baker, con otros historiadores norteamericanos, que trata sobre los judíos norteamericanos que estuvieron en las Brigadas Internacionales, y que hace un recorrido de sus propias experiencias. Y hay otro libro que vamos a sacar de Domingo Plácido, catedrático de historia antigua —probablemente el especialista del campo más reconocido del mundo viniendo de España— que es sobre la concepción del trabajo esclavo comparado con el trabajo actual precario, con lo cual está haciendo una lectura muy política de un pasado muy remoto. Son dos libros que tienen ese perfil. Es cierto que el sello está poco feminizado todavía, pero por circunstancias de la premura de todo lo que nos ha sucedido en un año. Ahora el festival queremos presentarlo como una vía para poder tener acceso a otros proyectos, que nos irán enviando y que, si podemos y tenemos algo de dinero, iremos haciendo de ellos una proyección pública. El sello editorial va a ser independiente pero en colaboración con el Servicio de Publicaciones de la Autónoma, porque la directora del Servicio de Publicaciones está en la Asociación. Como ya sabes, en todo esto hay siempre un vínculo personal, del cual hablamos poco, pero las cosas a veces funcionan así.

Cuando se habla hoy de impartir la asignatura de Historia en la escuela y en la Universidad, ¿de qué estamos hablando exactamente?

Saúl: Bueno, no hay “una” [Historia], eso sería lo que hay que decir en primer lugar. Y no hay “una” porque desde que la historia se enseña en las escuelas ha estado al servicio de intereses vinculados con la política. Originalmente nacional, como instrumento clave en los procesos de nacionalización del siglo XIX, y después al servicio de distintos proyectos estatales o comunitarios de todo tipo. Yo diría que lo primero que hay que tener en cuenta es que no se enseña “una”, y que sigue presente esa conexión, de modo bastante evidente, entre los intereses de quienes organizan los programas y la historia que se enseña.

Esther: Yo te diría que, como todos sabemos, la historia aquí se enseña en todos los niveles. Enseñamos historia en primaria, en secundaria, en universidad, enseñamos en todas partes. Ha habido un debate sobre las humanidades pero, por ahora, igual que otras asignaturas, no está puesta en cuestión. Hay además mucho interés social por la historia fuera de las aulas. El pasado, la memoria, la tenemos ahí todo el día y son unos debates fuertes en la sociedad. Sin embargo, como tú nos decías ¿qué historia se enseña?, quizás es el problema. Se nota mucho que es una historia en la que sigue pesando mucho el conocer todo lo fáctico. Enseñar historia es enseñar qué pasó, en unos currículos que están abigarrados de datos y que, por lo tanto, a los estudiantes lo que se les transmite es que esto es saber historia. Saber historia es saber todo lo que pasó. Sabes más historia cuanto más sabes qué pasó, cuando sabes muchas fechas, cuando sabes los nombres. Esto que parece tan tradicional, parece mentira que siga reproduciéndose. Curiosamente, menos casi en primaria y secundaria, donde ha habido mucho desarrollo de las didácticas de la historia y hay equipos docentes que han hecho unos esfuerzos tremendos para reflexionar sobre qué enseñar a los niños, porque su realidad se les impone. En las aulas, pues a lo mejor les quieres enseñar la romanización, pero realmente ves que ahí lo que está bullendo son otras cosas, no solo disciplinarias. Pero en la universidad, a pesar de todo el cambio historiográfico en los 70 y las reflexiones sobre didácticas que ha habido —menores pero las ha habido— sigue habiendo un marchamo muy

fuerte de explicar cronológicamente la historia en los programas de principio a fin y, si se puede, llegar hasta el final. Yo participo en un máster de profesorado y me asombro porque eso produce una fábrica de profes que están dispuestos a reproducir en secundaria, hasta que la realidad se les imponga, todas las historias que se les ha enseñado, es decir, comunicar y comunicar y comunicar contenidos históricos. Entonces, la historia que enseñamos es una historia que está escrita en piedra, es una historia que es “esto es lo que os comunico y esto es lo que tenéis que saber.” Los libros de texto siguen pesando muchísimo en las aulas, incluso en la universidad el manual, siguen pesando en todo el currículo. Siguen pesando mucho los exámenes y las lecciones magistrales, con el sistema expositivo de “os vengo y os lo cuento” que lleva a: “venís luego y me lo repetís.” Lo he puesto muy crudo, porque es verdad que efectivamente se están haciendo muchísimas experimentaciones, en la universidad hay profesores que están dando magníficas clases y montando magníficas prácticas, pero sigue asombrando el peso que tiene ese perfil en general.

Pensando en el panorama descrito, ¿qué alternativas se ofrecen al modelo educativo vigente respecto de la enseñanza de la Historia?

Saúl: Es difícil responder a esa pregunta. Es interesante, en primer lugar, darse cuenta de que existe una inercia, de la que hablaba Esther, en la que todo el mundo se siente cómodo. Todos los participantes se sienten cómodos ahí, porque muchas veces los alumnos, los profesores, los padres de los alumnos, las madres, todo el mundo de algún modo, ha interiorizado que esa es la historia. Pero, al mismo tiempo, existe otra manera de reflexionar sobre el pasado, identitaria, familiar, arraigada a lo local, vinculada a problemáticas más del presente, que está ahí, que se utiliza hoy en día, y la dificultad está precisamente en ligar estas dos aproximaciones o maneras de preguntarse sobre el pasado. Yo no tengo una solución para cómo hacer ese puente pero creo que identificar que, por un lado existe una inercia, y por el otro lado la gente se pregunta de un modo más complejo, habla de cosas como objetividad, puntos de vista, enfoque, en su conversación diaria sobre cómo utilizamos el pasado, sería interesante buscar cómo podríamos tratar de fertilizar unas y otras preguntas.

Esther: Una de las formas, no de superarlo, pero sí uno de los caminos que se recorren para hacer esto, es integrar los cambios historiográficos que ha tenido la investigación, y la historia como disciplina, en el último medio siglo. Y eso nos lleva a una historia que explica, como explicaba con los mismos defectos, la economía primero, luego la política, luego la sociedad, luego la cultura y luego el arte. En unos currículos que ya son desorbitantes y lo que hacen es embotar con mucha más información de otros ámbitos, que te transmiten como discípulo, como alumno, como estudiante, otro montón de contenidos de distintos ámbitos. Eso da aire a la disciplina, porque no hablar de héroes, de generales, de diplomáticos, todos varones, masculinos, blancos, y dejar de hablar exclusivamente de hechos políticos da un cierto aire. Por supuesto, no es suficiente. Y digo que no es suficiente porque, cuidado con que se convierta en un “ahora vamos a crear y transmitir una historia del pueblo, y una historia de la democracia; vamos a transmitir y contarles a los chavales en estructuras, bloques bien sistemáticos sobre la memoria histórica y lo que tienen que aprender.” Y a mí este no me parece un camino, porque no se aprende a pensar. Lo que venía a contarnos Saúl. la gente tiene preocupaciones, cuestiones que quiere entender, que quiere conocer. Hay representaciones que están totalmente naturalizadas y que, de pronto, se empiezan a cuestionar: “oye, esto que he visto en este museo me parece una presentación de lo más racista. Pues esto que he visto en esta exposición es súper sexista.” Este tipo de reflexiones

es por donde yo creo que hay que meter la cuña. Los didactas e historiadores que reflexionan sobre nuestra disciplina necesitamos una reflexión fuerte sobre qué enseñamos y para qué lo enseñamos, en una sociedad tan diversa, tan abierta, tan cambiante, tan conflictiva, donde el pasado nos ayuda a orientarnos, a los chavales y a nosotros. Yo creo que es por ahí por donde tenemos que ir abriendo.

Estamos viviendo un momento revisionista histórico en el que parece que por fin se escuchan en la esfera pública voces eco-feministas, decoloniales, anticapitalistas reivindicando segmentos de la Historia silenciados, borrados o estigmatizados negativamente. ¿Cómo se deciden los contenidos históricos que deben enseñarse en las escuelas? ¿Se habla de estos silencios en las escuelas y en la Universidad? ¿Qué determina que queden fuera?

Saúl: Yo creo que ahora, fundamentalmente después de la guerra de la historia que hubo en los 80 con las autonomías, estas competencias son fundamentalmente autonómicas y, de hecho, con una cierta periodicidad, hay polémicas que saltan a los medios sobre qué se enseña en qué autonomía y cómo se dejan de lado otros aspectos, etcétera. Yo creo que la guía está por ahí. La pregunta que habría que hacerse es ¿qué papel tienen las editoriales, y el proceso después de la selección de esas editoriales? ¿Qué papel tienen las inercias? Me da la impresión de que hay voluntades políticas, evidentemente, en la orientación de los contenidos, en qué contenidos se dan y de qué modo, pero también hay muchas inercias, que se mantienen porque no tenemos una capacidad reflexiva para identificar esos problemas, para desnaturalizar. La colonización, por ejemplo, el relato está tan integrado que, con añadirle unos toques de corrección, de quitar la barbaridad de por medio de la misión más imperial, parece que hemos llegado a un punto neutro. Pero hay poco para modular los contenidos, incorporar nuevas visiones, cambiar las fuentes, incidir más en las maneras de investigar, de alcanzar una perspectiva, etc. Y luego hay períodos en que la solución parece ser evitarlos, y seguimos trabajando en una lógica de la negación, en vez de buscar una manera de incorporarlos. Se saltan en los libros, o los profesores y las profesoras deciden no darlos porque resulta más cómodo no darlos, etc. Creo que la dinámica que está detrás es esa de no aprender competencias sobre pensar históricamente y aprender contenidos.

Esther: Sí, y ahora mismo en el Estado español hay unos contenidos básicos, en torno a un 60 por ciento, que son los que tenemos en las leyes de educación: decretos reales y leyes orgánicas de desarrollo. Y después hay unos contenidos que se desarrollan en cada una de las comunidades autónomas. Claro, eso es para todas las disciplinas, incluida la historia. Eso nos plantea una carcasa que se puede rellenar con miles de cosas. Otro camino, como hablábamos antes, es que se puede hablar de distintas dimensiones de lo histórico, lo cultural, lo económico. Otro camino ha sido convertir la enseñanza en lo competencial; vamos a intentar que los chavales tengan competencias, desarrollen habilidades, consigan unos estándares de aprendizaje. Y eso se ha desnaturalizado bastante, no por el profesorado, sino por todo un sistema de enseñanza que no permite que desarrollemos esa noción, que a mí me parece muy buena, muy creativa. [Preguntarse] qué competencias tiene que tener un chico, un estudiante, una chica que está trabajando con el pasado, con esa materia, con la memoria, con las fuentes, con las evidencias. En ese aspecto me parece que esto se ha quedado en una especie de argot pedagógico institucional complejo, que nos obliga a todos los profesores a rellenar formularios con "competencias generales, competencias transversales, competencias específicas", y que odiamos hacer, porque no nos lleva a una reflexión sobre lo que estamos llevando a ese

proceso de enseñanza-aprendizaje; nos lleva a unas retóricas que en cierta medida son ridículas, que no llevan a ningún sitio. Entonces ese camino es una pena, porque está un poco agotado. A mí me parecen más interesantes, por ejemplo, todos los debates que se están teniendo en Inglaterra, en Estados Unidos, Canadá, en el mundo anglo-americano (conozco menos el ámbito latinoamericano, pero he visto vídeos muy potentes), que vienen a hablar de otras cuestiones: de lo que es desarrollar el pensamiento histórico (historical thinking), desarrollar la comprensión histórica (historical understanding) y darle contenido a eso. ¿Qué es desarrollar la comprensión histórica? Porque todos los estudiantes llegan con ideas al aula —por cierto que no nos preocupamos para nada de con qué ideas llegan. Podemos escuchar con qué ideas llegan, de dónde llegan esas ideas, de miles de fuentes, como las que mencionaba antes Saúl, e interactuar con esto, y a partir de ahí entender un montón de cosas que no se comprenden, por ejemplo, que el pasado y el presente son un continuo que, sin embargo, ha tenido muchas discontinuidades. Intentar no hacer teleología, para algo somos expertos. Yo creo que desmontar es una buena palabra, desmontar lo que se da por hecho. Porque esos mitos e historias que están ahí sobre la mesa, de manera automática, asumidos por todos nosotros, incluido por los profesores —los manuales de nuevo— esas narrativas las seguimos reproduciendo, y no se desmontan. Por ejemplo, yo que soy medievalista, ¿cuántos años hace ya que el tema de la Reconquista española se ha desmontado desde la investigación? Actualmente, con muchos debates en torno a ella otra vez, políticos e intelectuales, y no llega, ¿por qué no llega? Hay estereotipos, hay formas fáciles de transmitir, no hay tiempo en el currículo, hay que simplificar. Y estos son caminos muy buenos para seguir.

Se tiende a responsabilizar al profesorado de la ausencia de un pensamiento crítico en la ciudadanía cuando en realidad, como recuerda Santiago Álvarez Cantalapiedra en la entrevista de la Constelación a Fuhem, la educación es una actividad que ocurre dentro y fuera del aula porque la sociedad y los medios de comunicación también coeducan. ¿Con qué limitaciones se encuentran los centros o el propio cuerpo docente a la hora de realizar su trabajo?

Esther: Evidentemente, el magma en el que se constituye todo el conocimiento histórico de los estudiantes y de la ciudadanía es muy abierto, y muy amplio y, efectivamente, los profesores no son los únicos que intervienen en ella. Los profesores están en unos engranajes de sistemas públicos y privados de enseñanza, que suelen ser terroríficos, expuestos a un montón de presiones y haciendo lo que pueden en sus aulas. Los profesores, incluidos los universitarios, tenemos tanta presión en cuestiones de publicación y de investigación, y tanta presión en cuestiones de gestión crecientemente, es decir, el movimiento de papeles y formularios que hacemos es terrible, que a veces decimos “cómo me gustaría dedicarle esto al aula, y no puedo. Como me gustaría intentar experimentar esto, que ciertos centros tienen esta idea de experimentar.” Eso es fundamental porque es lo que está llevando a los alumnos a otros lugares de pensamiento, de conciencia.

¿Qué crees que debería aprender un/una estudiante en un curso de Historia?

Esther: Pues es crucial enseñar a los estudiantes a orientarse en un mundo que es muy cambiante, a participar en ese proceso, que es el de las aulas y el de fuera, y a sentir que tienen criterios para generar opinión. Me da igual que sea sobre Carlomagno o sobre la situación política de hoy en día. Esa es la única manera de que no se te pueda manipular; la opinión que tú generas, si me la razones, yo no voy a intervenir tanto en ella. Lo que quiero es que tengas instrumentos

para decir “bueno, pues yo concluyo esto, sobre este material que tenemos.”

¿Creéis que estas faltas que observáis en la educación de la Historia en contextos escolares se replican del mismo modo dentro del ámbito universitario?

Saúl: Aquí creo que hay dos vías: una es seguir con el tono sombrío, que de algún modo llevamos, y es decir que ninguna, y es una respuesta que yo creo que se acerca bastante a la verdad. Pero por otro lado, y lo mismo ocurre con los estudiantes, hay mucho interés de muchas personas en diversos aspectos. Es verdad que, en cuanto a la formación de los profesores, también se ha fosilizado un poco la cuestión. Hay técnicas para hacer clases al contrario, invertidas, o comunicar mejor, o muchas cosas, pero que en el fondo están un poco, digamos, fosilizadas. No hay una formación docente. Los profesores universitarios no están formados para ser profesores y, de hecho, parte de la tendencia apunta a que sus actividades, no como profesores, empiezan a ser más valoradas. Y se aprecia que hay gente que, estratégicamente, en periodos de nuestras vidas, podemos permitirnos pensar en abandonar, o ser más inerciales en la docencia, porque hay otras cosas que se valoran más, y eso es un problema. Pero, en la parte más brillante de la cuestión, es que hay mucha gente que tiene un interés por preguntarse ¿“cómo puedo mejorar?”

Esther: Sí, yo creo que hay mucha sordera. Desde la atalaya de los expertos seguimos manteniéndonos ahí, como expertos. Yo no creo que tenga que desaparecer la figura del experto, pero creo que tenemos mucho que aprender de los auditorios múltiples que trabajan y se interesan por el pasado y que debaten sobre él, y que ellos también tienen que aprender de nosotros, que estamos entrenados para hacer esto. Para mí un problema es la confusión entre innovación tecnológica e innovación metodológica y didáctica. Es un problema grave. Es seguir enseñando tus apuntes ajados amarillos, pero ahora en PowerPoint con todos los niños con la tableta leyéndolos, por orden y subrayando. ¿Qué es lo que estamos haciendo ahí? Ahí está un poco del problema, pero realmente creo que cuando pasan por sus másteres, tienen la posibilidad de reflexionar: “si no voy a poder seguir repitiendo lo que me repitieron a mí, lo que me dijeron en secundaria, y todo lo que he aprendido en la universidad.” Entonces, despiertan un poco esa intención de “o sea, que tengo que pensar qué se enseña, cómo se enseña y para qué lo enseño.”

Acabáis de celebrar vuestro primer Festival de Historia Pública en Madrid, ¿podéis relatar cómo ha sido la experiencia?

Saúl: Como ya dijimos, el festival era una iniciativa que se la robamos descaradamente a los filósofos, que llevan haciendo un festival de filosofía tres o cuatro ediciones, y que están demostrando una capacidad de reconectar con la sociedad civil, que los historiadores no han conseguido tanto –o quizás de otro modo, más por esa parte de los contenidos, y menos por la parte de la reflexión. Cuando cogimos esa idea intentábamos que fuera algo un poco diferente. Creo que –siendo modestos, pero estando contentos– esa parte la hemos podido conseguir, que fuera un poco diferente, al menos de otras cosas que hemos hecho. Hubo asistentes que vinieron a ver que pasaba, se generaron ciertas expectativas y hubo una manera de hablar sobre historia que era un poco diferente. Eso es interesante y da una cierta esperanza, porque hay un camino por el que andar. Hay gente que, cuando se cambia un poco el formato, se sienten más interpelados y yo creo que eso fue una de las cosas que ocurrieron. Tuvimos una asistencia que trabajó en ese sentido.

Esther: Yo creo que lo pasamos muy bien y que nos sorprendimos mucho nosotros mismos porque, como casi todas las organizaciones, somos muy pocos, con pocas fuerzas y con muchas cosas que hacer, fuera y dentro de la propia Asociación Española de Historia Pública. Hicimos todo lo que pudimos para que todo saliera bien –precipitadamente también, porque la vida va muy de prisa últimamente– y fue una sorpresa ver tanta gente que manifestaba interés, que venía, que se animó, que participó. Se llenó muy pronto, de hecho nos dio un poco de miedo y cerramos asistencia –quizás podría haber cabido más gente–, pero quiere decir que un montón de gente tiene ganas de participar en algo así, abierto, para hablar sobre el pasado, sobre la memoria y sobre las experiencias colectivas e individuales. Y fue muy bonito. Yo me emocioné en algunos momentos de ver tanta gente que contó, y ver qué cantidad de cosas tiene la gente que contar. Es ahí cuando te das cuenta que cuando, como profesor o profesora, te callas, entonces la gente empieza a hablar y te cuentan unas cosas muy fuertes. Hubo cosas muy potentes desde las mesas y desde el patio, y en algunos momentos conseguimos que esa dinámica fuera dialogante, fluida. No eran ‘papers’ que se daban, sino todo el mundo hablaba, intervenía. De hecho, hubo que cortar las sesiones porque se nos desbordaba el tiempo. Verdaderamente, para mí sobre todo fue una sorpresa muy agradable y aprendí mucho en el proceso. Yo aprendí, porque yo no soy experta en historia pública, no es divulgación, es otro lugar. Y oyendo a tanta gente desde tantos sitios distintos, aprendí mucho a darle vueltas al tema.

¿Cuánta gente asistió al Festival?

Saúl: Creo que entre los dos días, las sesiones más grandes rondaron las 100 personas, que era más o menos el límite de nuestro auditorio. También fue un festival que fue planificado todavía en pandemia dura, con restricciones con las cuales no sabíamos qué hacer y luego, como ha dicho Esther, a última hora también pensamos en que podría estar un poco demasiado lleno. En las sesiones más concurridas había alrededor de 90 o 100 personas.

Esther: También vino gente de bastantes sitios distintos. Del Instituto de la Memoria de Navarra, desde Galicia, vino gente francesa, porque la casa de Velázquez está detrás de este proyecto, y también eso fue interesante.

¿Qué tipo de actividades dieron forma a este Festival?

Saúl: El festival se organizó de acuerdo a una serie de mesas que funcionaban con esta idea de formatos. El primer día concluyó con una mesa sobre las posibilidades de hacer una investigación, casi sociológica, sobre la memoria democrática en España. Es decir, cuáles serían los fundamentos, los métodos, y los objetivos de hacer una investigación en memoria democrática. El segundo día hicimos dos talleres, uno de archivos y otro de educación, y después hubo música y un mural.

Esther: Quería añadir que nuestro espíritu fue que no hubiera un formato de Congreso. Es muy difícil superar eso, pero que no hubiera unos ‘papers’ que se presentan, o unas pequeñas ponencias, por muy pequeño que lo cortes, y un auditorio silenciado que después hace preguntas que se contestan por quienes han sido invitados, así los invitados sean directores y productores de cine. Y yo creo que en cierta medida lo conseguimos. Estábamos buscando que se produjera un espacio muy experiencial: que la gente pudiera venir a contarnos su experiencia, a contar lo que quería traer. Y eso se consiguió, en unas sesiones más que en otras, pero hasta en algunas, prácticamente,

se iniciaron por el auditorio hablando. Y eso es una satisfacción, porque eso no es fácil.

¿A qué conclusiones habéis llegado tras la celebración de este Festival?

Saúl: Hay un primer paso de mapear el territorio. Creo que es importante tener un ojo o un oído alerta a desde dónde se están produciendo otros conocimientos. También es verdad que esto es una cosa que detecto en algunas iniciativas que, de repente, se invita a gente para dar color a las actividades, cuando no se ha querido trazar primero una relación, una colaboración, y que realmente pensamos que les debe interesar lo nuestro y les invitamos. Y eso también es problemático.

Yo creo que una de las conclusiones que saco del festival es que estamos en una fase de mapeado, y que eso es ya una labor interesante, ver quién está ahí, qué se está diciendo, cómo, cuáles son los problemas, dónde están los sitios donde hay puro rifirrafe, e incluso podemos abandonar esos territorios, y podemos ir a otros territorios más fructíferos, aunque estos otros hagan más ruido. En eso yo creo que fue exitosa. En cuanto a diversidad, es una iniciativa pendiente, también por el modo en que estaba estructurada, y que sigue estando estructurada, el motor de la asociación, que es pensar en formatos, que yo creo que tiene ventajas y desventajas. Pensamos mucho en formatos comic, videos, videojuegos, cine, etc.. Y hay menos transversalidad en cuestiones de género, por ejemplo. Está claramente por ver hasta qué punto se representa por sí mismo una perspectiva de género con esta división por formatos, pero también es una manera nueva de ver cosas, y rompe unas maneras simplemente de incorporar casillas que nos parecen interesantes, y abres un poco más la posibilidad de ver que surge a través de unas categorías o formatos como esos.

Esther: Es verdad que podría ser un objetivo para próximos festivales, romper con formatos y buscar colectivos, que no se suelen acercar a ti naturalmente. Pero es muy difícil llegar ahí, aunque sea el objetivo de una asociación, de barrio, por ejemplo, que trabaja en ese nivel de barrio. Nuestro primer objetivo era poner esto en marcha, pero una cosa que me llamó mucho la atención es que, si nuestros caladeros iban a ser estudiantes, universidad, profesorado, pero también memoria, memoria histórica, militancia, en esos ámbitos de la memoria histórica, me esperaba gente mayor, de edad media y mayor, y hubo mucha gente joven, y eso me llamó mucho la atención. No sé si lo arrancó el tema de los formatos, que había cine, novela, cómics, *youtubers*, y eso consiguió hacer una cosa transgeneracional. Hubo pocas canas, hubo poca gente mayor, a lo mejor por el lugar en el que era, o no lo sé. No se que pudo atraer a bastante gente joven, que daba gusto verlos interesados en este tipo de problemas, y preocupados por todo este tipo de cosas, que van desde la educación hasta la novela histórica.

¿Cuáles son los siguientes pasos tras la celebración del Festival?

Saúl: Hay varios pasos que están en la agenda más próxima: el número uno es incorporar a todas las personas que han participado y que han mostrado interés a las tareas de producción de contenido, de gestión y de funcionamiento de la asociación. Han dejado una idea, una propuesta, pero ha habido mucha respuesta y esa es una de las primeras cosas que tenemos que hacer. Cuando la gente se inscribe indica qué formatos le interesan más, y a partir de ahí deberíamos tratar de crear grupos de trabajo.

Esther: Los futuros pasos tendremos que darlos entre todos, a ver qué fuerzas

tenemos pero, por ejemplo, una conexión, como decía antes, con otros grupos que están haciendo historia pública más allá de este país: en Portugal, en Francia —Francia es el cordón umbilical más directo que tenemos —pero también en Inglaterra, en otros lugares. Y a mí me parece interesante que vayamos dándole contenido a esto de la historia pública. Que no se quede en una cosa que es bonita, como titular, como nombre, y que no acabe de tener más contenido que esa divulgación en historia, eso que se hace sobre historia que intenta llegar al gran público, eso que se hace en la sociedad que tiene que ver con la historia, sino que consigamos articular un contenido fuerte en torno a que es desarrollar historia pública en un país, y conciencia histórica, sentido histórico. Entonces, más población, más ciudadanía, entendería que hay que recurrir al pasado, hay que recurrir a la historia para entendernos, a ver dónde estamos, para ver qué cosas podrían pasar y podrían no pasar, e imaginar un futuro.

Teniendo en cuenta el momento de colapso energético, de crisis ecosocial y los tiempos de desafecto político que experimentamos, ¿cómo se mantiene viva la confianza en el cambio?

Saúl: Al final es una pequeña interrogación, que por mucho que reduzcas tu comportamiento a una elección racional y estratégica, siempre queda al final algo así como: “yo creo que esto le interesaría a más gente. Yo creo que este es un debate que merece la pena estar ahí fuera, que es una cosa que me gustaría comprobar con otras personas, que esto no debería quedarse aquí.” Y esa curiosidad, que tampoco es un gran espíritu de liderar un movimiento, es más una sensación de creer que en el fondo me pagan para hacer algo más. Creo que en el fondo somos algo más, o debemos tener al menos esa preocupación por llegar a otros lugares. Simplemente con eso, adquieres una motivación oscilante, algunas veces más, otras menos.

Esther: Sí, oscilante. La verdad es que si pienso en el macro, como nos lo acabas de plantear, lo vería absurdo, porque, con los problemones que hay, siempre pienso que debería dedicar mis energías a algo más grande. Quizá hay un poco de escepticismo que me lleva a decidir moverme en lo que me queda cerca, igual que me muevo en mi barrio, me voy a mover en lo micro, y entonces ahí coincido con Saúl. Es una posición ético-moral: tengo que hacer algo más que reducirme a lo que se me pide para hacer mi carrera y para hacer mis cosas. Por mi parte, por ejemplo, si yo estoy en este campo es porque me interesaba entender y explicar el mundo, y luego ni entiendes ni explicas, pero esas eran las dos cosas que a mí me llevaron a esto. Me gusta dialogar con otra gente a ver si podemos expandir nuestras formas de entender y explicar el mundo, de alguna manera. Por eso estoy aquí en historia pública, con mis amigos.

Jesús: Para mí es el desafío de la situación en la que me encuentro. Vivo en un entorno que tiene un desafío ecológico súper brutal, un entorno con un desafío social que cada vez me duele más, y vivo en un entorno donde el pasado está siendo de nuevo apropiado por unos pocos. Entonces, si mi futuro, mi presente y mi pasado están cada vez más hegemonizados, el desafío que me provoca eso es lanzarlo a la vía pública, y en la vía pública, a lo mejor tenemos que resolver esto a guantazos. Yo no estoy en esa lógica de que “porque soy posmoderno, todo lo diálogo.” A veces pienso que voy a ser mucho más moderno y voy a aplicar, no las manos, pero sí a lo mejor el grito, el grito conjunto y de protesta. Los movimientos ecologistas y feministas están alzando la voz, y tienen que hacerlo. Pero los otros tendremos que también poner algo de nuestra cosecha.

Miguel: Yo creo que lo que me motiva es ver, en efecto, la potencia política que

tiene el pasado, y hasta qué punto está entrelazado con lo que somos y con lo que ocurre ahora, no hace 500 años. Viendo la capacidad movilizadora, por ejemplo, la capacidad que tiene de constituir identidades, creo que desde la izquierda ha habido una dejación del pasado —más allá de, si nos ponemos generosos, del movimiento obrero—, y creo que lo que me motiva es ampliar las posibilidades de discusión sobre el pasado y generar memorias democráticas de más larga duración, e incorporar o disputar ese pasado más lejano en términos culturales, políticos, e historiográficos, por supuesto. Creo que eso es lo que me motiva. Pero me motivan también mucho los estudiantes, y los colegas, y son estas cosillas en tiempo de desafección, estas cosillas como la Asociación de Historia Pública.